

UNA HERENCIA Y SU HISTORIA

Difícil es precisar cuáles son los sentimientos que nos deja la lectura de este libro de Julieta Campos. Reencuentro con esa herencia obstinada a que alude el título, fascinación producida por remitirnos a nuestros orígenes y sumergirnos en su universalidad, los relatos de Mecayapan nos dejan inmersos en el mundo de lo mítico, respondiendo así a nuestra propia naturaleza humana. Ese fue justamente el desafío que se propuso la autora, ya que analizar el mito es preguntarse por los orígenes e indagar el discurso latente es remitirnos a la situación edípica. Y esta tríada de personajes que nos funda como sujetos, y nos constituye como tales, demarcando de necesidades y fundamentalmente de deseos, separados de la naturaleza por la cultura y a partir de la instauración de la Ley, recorre todas las resoluciones posibles en estos relatos nahuas. Así, las fantasías de devoción, de destrucción del cuerpo materno, de castración referidas a una tradición fálica y por lo tanto al acceso del intercambio social —C. Lévi-Strauss— están aquí puestas en juego. Son, entonces, relatos que nos remiten a una función, a la transmisión de un saber y a una verdad que no se cuestiona, a un tiempo suspendido —tiempo sagrado en términos de Mircea Eliade— y así, de la mano de ellos y de la autora, podemos introducirnos en esa novela familiar de la que tanto nos habló Freud. De ahí que, aquí, el deseo recorre el camino de la palabra fundándola y fundiéndola en una acción-argumento, y en el intento obstinado de transgredir la Ley. El relato es deseo sublimado que se transmite en forma oral —tal como en el psicoanálisis— marcando la ausencia de lo no dicho que se hace presencia a través del accionar de los personajes.

La herencia obstinada está dividida en cuatro partes fundamentales. La primera comienza con una serie de aclaraciones necesarias para encuadrar el tema y se refiere a las diferencias entre Rito-Mito, Mito-Cuento y Literatura escrita-Literatura oral. Lo esencial en

tre estos pares es que son funciones que habilitan la transmisión de la cultura y de un saber cuyo procesamiento simbólico nos separa de la bestia —por ejemplo: el relato del Chato— permitiendo de esta manera instaurar una transmisión de dones culturales que establecen implícita o explícitamente las leyes de una convivencia social. Otro aspecto que se precisa en esta parte son los modelos teóricos a los cuales recurre la autora para el análisis de los relatos. Esos son: el modelo estructuralista de Lévi-Strauss que aporta las estructuras elementales del parentesco, las relaciones de intercambio (endogámico y exogámico), la noción de cultura, lo crudo y lo cocido. El modelo morfológico de Vladimir Propp, que contribuye con el esquema de Carencia-Reparación, las funciones morfológicas y la clasificación de los cuentos, y por último, el modelo psicoanalítico de Freud, del que se toman los elementos de la estructura del Complejo de Edipo en la constitución del sujeto, particularizando en las funciones materna y paterna, la función de la Ley y la transgresión al incesto. Julieta Campos hace converger estos tres modelos teóricos en el análisis de los relatos ofreciéndonos diferentes niveles de lectura del discurso implícito de los mismos.

En la segunda parte nos introduce en los antecedentes de la tradición oral. Al comenzar ese recuento por *Las Mil y Una Noches* —esa Scherezade que elude a la muerte contando las historias— ya nos indica uno de los objetivos de los relatos. Porque en ese ejemplo famoso el narrador engaña a la muerte transmitiendo su saber, vaciándose de su verdad —de ahí lo catártico— y delegando en el escucha su misión de comunicar sus verdades. Los múltiples narradores se esfuman y el cuento se enajeniza y permanece por siglos, y, a su vez, se modifica en cada repetición gracias a que cada narrador lo introduce o lo “pasa”. El relato se transforma, entonces, en un “constituyéndose” permanentemente, con los aportes de mil y un narradores anónimos. Estos relatos se cristalizan, se hacen letra cuando Basile, Perrault, Andersen o Grim los rescatan en sus antologías.

En México, los primeros relatos de la tradición oral están en los códices y en los núcleos de enseñanza de los *calmecac*. Los primeros registros indígenas

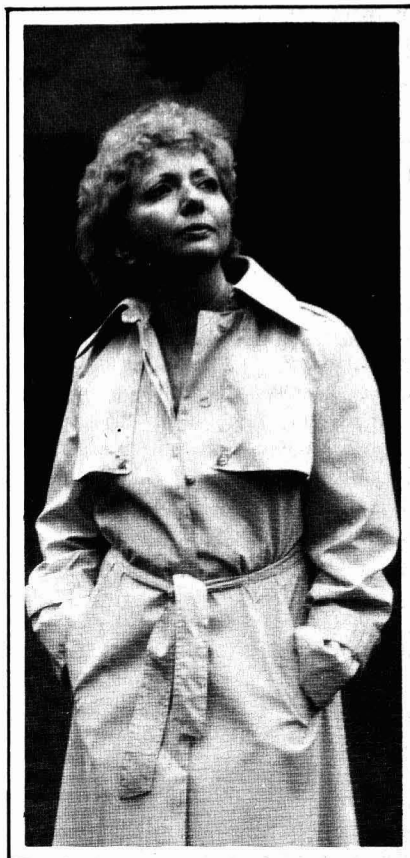
con propósitos claros de análisis se remontan a fines del siglo pasado. La investigación se centra en el origen manifiesto de los relatos: cuánto de europeo o de indígena tienen. En torno a este punto la autora es terminante: “El origen de los relatos, siempre tan difícil de determinar, no altera la validez del análisis: independientemente de su procedencia, todos fueron adoptados en una u otra época por una comunidad que los hizo suyos. Es evidente que muchos —acaso la mayoría— son de origen nahua. Es probable que algunos sean de procedencia europea. Si han sido conservados en la memoria de Mecayapan es porque expresan profundos contenidos de la psique que siguen despertando resonancias en las fantasías de quienes los dicen y de quienes los escuchan.” Hecha esa precisión lo fundamental, aquí, es el señalamiento de la carencia de análisis de los relatos, ya que si bien es válida la preocupación por el origen no se ha avanzado lo suficiente en la investigación analítica de los mismos. Coincidiendo en esto con el esquema Carencia-Reparación proporcionado por V. Propp, este libro constituye entonces una reparación en relación a la ausencia de análisis de relatos nahuas.

En la tercera parte de *La herencia obstinada* se nos introduce en el mundo de los personajes contextualizando de esta forma los relatos y brindándonos un cuerpo necesario. Tenemos una sensación casi tangible de la zona de la que provienen, desde la etimología de la palabra Mecayapan hasta la producción agrícola, desde los ciclos de los cultivos a los peligros de las inundaciones, desde las tradiciones a sus visiones. Todos estos elementos están presentes en los relatos y conforman en ellos un límite preciso. Así, y tanto mediante el rescate de los cuentos como de su análisis, la autora nos sitúa y nos traslada a una zona fuera del tiempo que se ve amenazada con ser devorada por la modernidad de la sociedad industrial.

En la cuarta parte del libro se procede al análisis propiamente dicho de los relatos. La intervención de rescate de la autora y sus colaboradores opera en dos sentidos: 1) literal-literario —en donde Julieta Campos hace las veces de un Andersen o un Grim— y 2) de investigación al proponer un modelo pionero de análisis relativo a los relatos

orales en México. En cuanto al rescate literario debe advertirse que los relatos tienen una frescura y una ingenuidad que su lectura ofrece la sensación de que el narrador es una presencia viva y actuante. Esos relatos suman dieciocho y están ordenados según los diez tipos fundamentales de argumentos que propone E. Melitinski en su trabajo "El estudio estructural y tipológico del cuento". Hay cinco grupos de relatos que se ajustan a los tipos propuestos por Melitinski, aunque algunos de ellos no son tan puros. El primero responde al tipo 1.1.: "Cuentos heroicos del tipo lucha con el Dragón"; los relatos son dos: "Juan el pescador" y "Un cuento antiguo de dos niños que no obedecían al padre". El común denominador de ambos es el de una ambición oral desmesurada— fantasía de devoración en donde el registro de la pulsión de muerte es dominante. Allí aparece, sin embargo, la figura del donador, que remite a la función paterna en el Edipo, asegurando la transmisión fálica que posibilita al personaje el acceso a la cultura y de ahí al intercambio social. El segundo grupo responde al tipo 1.2: "Cuentos heroicos del tipo búsqueda" y en él caben el "Cuento de los cazadores", "Los tres hermanos", "El cuento del Chato", "El joven que llegó a las escaleras y puertas del cielo" y "La historia de Tamakasti". En ellos se parte de una carencia a la que hay que reparar: en algunos el objeto deseado es comida, y en otros un objeto fálico de transmisión de poder o sabiduría. Toda la búsqueda está pautada por el deseo inagotable que atraviesa los objetos y se metamorfosea constantemente. Lo importante es que en ese deambular del personaje, éste crece y tiene acceso a la genitalidad, y de allí al intercambio socialmente establecido.

El relato del cazador responde al tipo 2.3: "Cuentos sobre aquellos que son perseguidos por su familia sin elementos míticos". Aquí el deseo incestuoso es tan dominante que se tiene que abandonar al objeto deseado, ante la ausencia de un personaje que impone la Ley. Aun así, el deseo de transgresión es tan poderoso que se presentifica el personaje anhelado, como un retorno de lo reprimido. Por su parte, los relatos "Historia de un muchacho casado con una mujer chaneca", "Cuento de un hombre que casó con mujer



Julieta Campos

bruja" y "Muchachas viento" responden al tipo 3.1: "Cuentos sobre las esposas —maridos— mágicos". Se refieren a las leyes del intercambio social de mujeres —parentesco— y la transgresión de éstas. Aquí abundan los pares contradictorios: promiscuidad-orden, caos-cultura, etc. Por fin, el relato "El cuento de Ueliyo", responde al tipo 4: "Cuentos sobre pruebas que conducen al matrimonio". Responde a la fantasía de ocupar el lugar del padre, y el deseo de colmar a la madre y cometer parricidio, propio de uno de los momentos del Complejo de Edipo.

El resto de los relatos no se puede agrupar según los tipos de E. Melitinski ya que cada uno de ellos contiene muchas secuencias que responden a la tipología del autor pero que, al presentarse entrelazadas, no resultan tan puros. El tema central es aquí el reconocimiento de las leyes de parentesco y la transgresión a éstas, y lo reparatorio aparece a través de la transmisión de dones. Por eso la mayoría de los personajes desempeñan un papel mediador entre el hombre y lo absoluto.

Se podría decir que todos los cuen-

tos recogidos en *La herencia obstinada* proponen un único tema en relación a ese discurso implícito y que es aquel que señala Julieta Campos al citar a Bruno Bettelheim: "Los cuentos tratan en forma literaria de los problemas fundamentales de la vida, particularmente los inherentes a la lucha por alcanzar la madurez". Y, agrega la autora: "...y demuestra cómo apoyan al niño en las sucesivas etapas de su desarrollo hacia la solución del Edipo y la constitución de una identidad propia, más allá de los ambivalentes vínculos con las imágenes paterna y materna". Pero hay una precisión mayor que debe hacerse de inmediato: lo original del análisis realizado en este libro radica en haber combinado diferentes modelos teóricos sin caer nunca en un eclecticismo vano sino, por el contrario, apoyándose en un abordaje al texto en forma interdisciplinaria, válida y vital. De ahí que se genere así, y en el campo del análisis, una praxis en donde los modelos teóricos están al servicio de un fin común y en donde, además y sobre todo, se ponen a prueba. Lo que surge de esa tarea combinatoria alcanza con frecuencia visos de auténtica originalidad. Se trata, aquí, de un verdadero *tour de force* teórico-práctico, con un grado de síntesis elevado, en donde no hay lugar para la pedantería ni para la repetición de esquemas preconcebidos. Y lo que demuestra la autora es cómo el deseo incosciente determina la narración oral del relato y se cristaliza en fantasmas, que remiten a una realidad psíquica en donde el desplazamiento y la condensación de dichos deseos dan por resultado estos maravillosos relatos que nos han legado los nahuas de Mecayapan. Así podemos observar cómo en la constante contradicción hombre-naturaleza hay siempre una búsqueda que está pautada por el deseo y la prohibición. Y la función del narrador consiste en transmitirnos esa búsqueda de lo absoluto— búsqueda que se hace carne en Julieta Campos a través del intento (logrado) por develar el sentido del relato— eso oculto, intrínseco, que se habría quedado en las selvas y montes de Mecayapan de no haber sido por esta empresa que lo recupera para que ocupe el lugar merecido y para regocijo nuestro.

Joaquín Rodríguez Nebot